

Antonio Buero Vallejo: *Historia de una escalera*

Selección de textos

Acto III

De cada uno de estos textos, tienes que desarrollar las tres primeras preguntas de la PEvAU, es decir: (elige UNO por semana, DOS de cada acto)

1. Identifique las ideas del texto, exponga de forma concisa su organización y, en su caso, indique razonadamente su estructura (1,5 puntos)
 2. Explique la intención comunicativa del autor (0,5 puntos) y comente dos mecanismos de cohesión distintos que refuercen la coherencia textual (1 punto).
- Responde a la pregunta que aparece al final de cada texto. Elabore un discurso argumentativo, entre 200 y 250 palabras, en respuesta a la pregunta, eligiendo el tipo de estructura que considere adecuado (2 puntos)

Texto 15

Joven.— Buenos días.

Señor.— Buenos días. ¿A la oficina?

Joven.— Sí, señor. ¿Usted también?

Señor.— Lo mismo. (*Bajan emparejados.*) ¿Y esos asuntos?

Joven.— Bastante bien. Saco casi otro sueldo. No me puedo quejar. ¿Y usted?

Señor.— Marchando. Sólo necesitaría que alguno de estos vecinos antiguos se mudase, para ocupar un exterior. Después de desinfectarlo y pintarlo, podría recibir gente.

Joven.— Sí, señor. Lo mismo queremos nosotros.

Señor.— Además, que no hay derecho a pagar tantísimo por un interior, mientras ellos tienen los exteriores casi de balde.

Joven.— Como son vecinos tan antiguos...

Señor.— Pues no hay derecho. ¿Es que mi dinero vale menos que el de ellos?

Joven.— Además, que son unos indeseables.

Señor.— No me hable. Si no fuera por ellos... Porque la casa, aunque muy vieja, no está mal.

Joven.— No. Los pisos son amplios.

Señor.— Únicamente la falta de ascensor.

Joven.— Ya lo pondrán. (*Pausa breve.*) ¿Ha visto los nuevos modelos de automóvil?

Señor.— Son magníficos.

Joven.— ¡Magníficos! Se habrá fijado en que la carrocería es completamente...

PREGUNTA: ¿Crees que la vivienda es un derecho que debe ser defendido frente a los intereses del mercado?

Texto 16

Fernando, Hijo.— Carmina.

(Ella, en los primeros escalones aún, se inmoviliza y calla, temblorosa, sin volver la cabeza. Él baja en seguida a su altura. Manolín se disimula y escucha con infantil picardía.)

Carmina, Hija.— ¡Déjame, Fernando! Aquí, no. Nos pueden ver.

Fernando, Hijo.— ¡Qué nos importa!

Carmina, Hija.— Déjame. *(Intenta seguir. Él la detiene con brusquedad.)*

Fernando, Hijo.— ¡Escúchame, te digo! ¡Te estoy hablando!

Carmina, Hija.— *(Asustada.)* Por favor, Fernando.

Fernando, Hijo. — No. Tiene que ser ahora. Tienes que decirme en seguida por qué me has esquivado estos días. *(Ella mira, angustiada, por el hueco de la escalera.)* ¡Vamos, contesta! ¿Por qué? *(Ella mira a la puerta de su casa.)* ¡No mires más! No hay nadie.

Carmina, Hija.— Fernando, déjame ahora. Esta tarde podremos vernos donde el último día.

Fernando, Hijo.— De acuerdo. Pero ahora me vas a decir por qué no has venido estos días.

(Ella consigue bajar unos peldaños más. Él la retiene y la sujeta contra la barandilla.)

Carmina, Hija.— ¡Fernando!

Fernando, Hijo. — ¡Dímelo! ¿Es que ya no me quieres? *(Pausa.)* No me has querido nunca, ¿verdad? Ésa es la razón. ¡Has querido coquetear conmigo, divertirme conmigo!

Carmina, Hija.— No, no...

Fernando, Hijo.— Sí. Eso es. *(Pausa.)* ¡Pues no te saldrás con la tuya!

Carmina, Hija.— Fernando, yo te quiero. ¡Pero déjame! ¡Lo nuestro no puede ser!

Fernando, Hijo.— ¿Por qué no puede ser?

Carmina, Hija.— Mis padres no quieren.

Fernando, Hijo.— ¿Y qué? Eso es un pretexto. ¡Un mal pretexto!

Carmina, Hija.— No, no..., de verdad. Te lo juro.

Fernando, Hijo.— Si me quisieras de verdad no te importaría.

Carmina, Hija.—*(Sollozando.)* Es que... me han amenazado y... me han pegado...

Fernando, Hijo.— ¡Cómo!

Carmina, Hija. — Sí. Y hablan mal de ti... y de tus padres... ¡Déjame, Fernando! *(Se desprende. Él está paralizado.)* Olvida lo nuestro. No puede ser... Tengo miedo...

(Se va rápidamente, llorosa. Fernando llega hasta el rellano y la mira bajar, abstraído. Después se vuelve y ve a Manolín. Su expresión se endurece.)

PREGUNTA: ¿Crees que Carmina hace bien aceptando obedecer la prohibición de sus padres de relacionarse con Fernando?

Texto 17

Fernando, Hijo.— Papá, no es cierto que me estuviera besando con Carmina. (*Empieza a subir.*)

Fernando.— ¿Estabas con ella?

Fernando, Hijo.— Sí.

Fernando.— ¿Recuerdas que te hemos dicho muchas veces que no tontearas con ella?

Fernando, Hijo.— (*Que ha llegado al rellano.*) Sí.

Fernando.— Y has desobedecido...

Fernando, Hijo.— Papá... Yo...

Fernando.— Entra. (*Pausa.*) ¿Has oído?

Fernando, Hijo.— (*Rebelándose.*) ¡No quiero! ¡Se acabó!

Fernando.— ¿Qué dices?

Fernando, Hijo.— ¡No quiero entrar! ¡Ya estoy harto de vuestras estúpidas prohibiciones!

Fernando.— (*Conteniéndose.*) Supongo que no querrás escandalizar para los vecinos...

Fernando, Hijo.— ¡No me importa! ¡También estoy harto de esos miedos! (**Elvira**, *avisada sin duda por Manolín, sale a la puerta.*) ¿Por qué no puedo hablar con Carmina, vamos a ver? ¡Ya soy un hombre!

Elvira.— (*Que interviene con acritud.*) ¡No para Carmina!

Fernando.— (*A Elvira.*) ¡Calla! (*A su hijo.*) Y tú, entra. Aquí no podemos dar voces.

Fernando, Hijo.— ¿Qué tengo yo que ver con vuestros rencores y vuestros viejos prejuicios? ¿Por qué no vamos a poder querernos Carmina y yo?

Elvira.— ¡Nunca!

Fernando.— No puede ser, hijo.

Fernando, Hijo.— Pero ¿por qué?

Fernando.— Tú no lo entiendes. Pero entre esa familia y nosotros no puede haber noviazgos.

Fernando, Hijo.— Pues os tratáis.

Fernando.— Nos saludamos, nada más. (*Pausa.*) A mí, realmente, no me importaría demasiado. Es tu madre...

Elvira.— Claro que no. ¡Ni hablar de la cosa!

Fernando.— Los padres de ella tampoco lo consentirían. Puedes estar seguro.

Elvira.— Y tú debías ser el primero en prohibírselo, en vez de halagarle con esas blanduras improcedentes.

Fernando.— ¡Elvira!

Elvira.— ¡Improcedentes! (*A su hijo.*) Entra, hijo.

Fernando, Hijo.— Pero, mamá... Papá... ¡Cada vez lo entiendo menos! Os empeñáis en no comprender que yo... ¡no puedo vivir sin Carmina!

Fernando.— Eres tú el que no nos comprendes. Yo te lo explicaré todo, hijo.

Elvira.— ¡No tienes que explicar nada! (*A su hijo.*) Entra.

Fernando.— Hay que explicarle, mujer... (*A su hijo.*) Entra, hijo.

Fernando, Hijo.— (*Entrando, vencido.*) No os comprendo... No os comprendo...

PREGUNTA: ¿Crees que los padres tienen derecho a vigilar e intervenir en las relaciones amorosas de sus hijos o hijas adolescentes?

Texto 18

Urbano.— ¿Por qué no quieres que vayamos a otro médico?

Carmina.— (*Seca.*) Porque no.

Urbano.— ¡Una testarudez tuya! Puede que otro médico consiguiese...

Carmina.— Nada. Esto no tiene arreglo; es de la edad... y de las desilusiones.

Urbano.— ¡Tonterías! Podíamos probar...

Carmina.— ¡Qué no! ¡Y déjame en paz! (*Pausa.*)

Urbano.— ¿Cuándo estaremos de acuerdo tú y yo en algo?

Carmina.— (*Con amargura.*) Nunca.

Urbano.— Cuando pienso lo que pudiste haber sido para mí... ¿Por qué te casaste conmigo si no me querías?

Carmina.— (*Seca.*) No te engañé. Tú te empeñaste.

Urbano.— Sí. Supuse que podría hacerte olvidar otras cosas... Y esperaba más correspondencia, más...

Carmina.— Más agradecimiento.

Urbano.— No es eso. (*Suspira.*) En fin, paciencia.

Carmina.— Paciencia.

PREGUNTA: ¿Crees que la paciencia debe ser una de las virtudes fundamentales para mantener una relación amorosa?

Texto 19

Fernando.— ¡Basta! ¡Basta ya!

Urbano.— (*A los suyos.*) ¡Adentro todos!

Rosa.— (*A Elvira.*) ¡Si yo me junté con Pepe y me salió mal, usted cazó a Fernando!

Elvira.— ¡Yo no he cazado a nadie!

Rosa.— ¡A Fernando!

Carmina.— ¡Sí! ¡A Fernando!

Rosa.— Y le ha durado. Pero es tan chulo como Pepe.

Fernando.— ¿Cómo?

Urbano.— (*Enfrentándose con él.*) ¡Claro que sí! ¡En eso llevan razón! Has sido un cazador de dotes. En el fondo, igual que Pepe. ¡Peor! ¡Porque tú has sabido nadar y guardar la ropa!

Fernando.— ¡No te parto la cabeza porque...!

(*Las mujeres los sujetan ahora.*)

Urbano.— ¡Porque no puedes! ¡Porque no te atreves! ¡Pero a tu niño se la partiré yo como le vea rondar a Carmina!

Paca.— ¡Eso! ¡A limpiarse de mi nieta!

Urbano.— (*Con grandes voces.*) ¡Y se acabó! ¡Adentro todos!

(*Los empuja rudamente.*)

Rosa.— (*Antes de entrar, a Elvira.*) ¡Pécora!

Carmina.— (*Lo mismo.*) ¡Enredadora!

Elvira.— ¡Escandalosas! ¡Ordinarias!

(*Urbano logra hacer entrar a los suyos y cierra con un tremendo portazo.*)

Fernando.— (A **Elvira** y **Manolín**.) ¡Vosotros, para dentro también!

Elvira.— (*Después de considerarle un momento con desprecio.*) ¡Y tú a lo tuyo, que ni para eso vales!

PREGUNTA: ¿Crees que tiene razón Rosa en que la relación de Elvira y Fernando es moralmente igual o más reprobable que la suya con Pepe?

Texto 20

Fernando, Hijo.— ¡Carmina! (*Aunque esperaba su presencia, ella no puede reprimir un suspiro de susto. Se miran un momento y en seguida ella baja corriendo y se arroja en sus brazos.*) ¡Carmina!...

Carmina, Hija.— ¡Fernando! Ya ves... Ya ves que no puede ser.

Fernando, Hijo.— ¡Sí puede ser! No te dejes vencer por su sordidez. ¿Qué puede haber de común entre ellos y nosotros? ¡Nada! Ellos son viejos y torpes. No comprenden... Yo lucharé para vencer. Lucharé por ti y por mí. Pero tienes que ayudarme, Carmina. Tienes que confiar en mí y en nuestro cariño.

Carmina, Hija.— ¡No podré!

Fernando, Hijo.— Podrás. Podrás... porque yo te lo pido. Tenemos que ser más fuertes que nuestros padres. Ellos se han dejado vencer por la vida. Han pasado treinta años subiendo y bajando esta escalera... Haciéndose cada día más mezquinos y más vulgares. Pero nosotros no nos dejaremos vencer por este ambiente. ¡No! Porque nos marcharemos de aquí. Nos apoyaremos el uno en el otro. Me ayudarás a subir, a dejar para siempre esta casa miserable, estas broncas constantes, estas estrecheces. Me ayudarás, ¿verdad? Dime que sí, por favor. ¡Dímelo!

Carmina, Hija.— ¡Te necesito, Fernando! ¡No me dejes!

Fernando, Hijo.— ¡Pequeña! (*Quedan un momento abrazados. Después, él la lleva al primer escalón y la sienta junto a la pared, sentándose a su lado. Se cogen las manos y se miran arrobados.*) Carmina, voy a empezar en seguida a trabajar por ti. ¡Tengo muchos proyectos! (**Carmina**, la madre, sale de su casa con expresión inquieta y los divisa, entre disgustada y angustiada. Ellos no se dan cuenta.) Saldré de aquí. Dejaré a mis padres. No los quiero. Y te salvaré a ti. Vendrás conmigo. Abandonaremos este nido de rencores y de brutalidad.

Carmina, Hija.— ¡Fernando!

(*Fernando, el padre, que sube la escalera, se detiene, estupefacto, al entrar en escena.*)

Fernando, Hijo.— Sí, Carmina. Aquí sólo hay brutalidad e incomprensión para nosotros. Escúchame. Si tu cariño no me falta, emprenderé muchas cosas. Primero me haré aparejador. ¡No es difícil! En unos años me haré un buen aparejador. Ganaré mucho dinero y me solicitarán todas las empresas constructoras. Para entonces ya estaremos casados... Tendremos nuestro hogar, alegre y limpio..., lejos de aquí. Pero no dejaré de estudiar por eso. ¡No, no, Carmina! Entonces me haré ingeniero. Seré el mejor ingeniero del país y tú serás mi adorada mujercita...

Carmina, Hija.— ¡Fernando! ¡Qué felicidad!... ¡Qué felicidad!

Fernando, Hijo.— ¡Carmina!

(*Se contemplan extasiados, próximos a besarse. Los padres se miran y vuelven a observarlos. Se miran de nuevo, largamente. Sus miradas, cargadas de una infinita melancolía, se cruzan sobre el hueco de la escalera sin rozar el grupo ilusionado de los hijos.*)

PREGUNTA: ¿Crees que los sueños de los jóvenes Carmina y Fernando son tan frágiles como los de sus padres y que están, como estos, condenados también al fracaso?